

el *Modernisme*, de quien tanto depende su formación. Concluidos sus estudios de Farmacia, y tras una corta residencia en Lleida, será destinado a la Farmacia Militar de Sevilla. Durante los cerca de dos años pasados en la capital andaluza —con esporádicas estancias en Granada y Cádiz— publicará abundantes artículos y relatos en *El Porvenir*, *La Andalucía* y *El Correo de Andalucía*, en los que resulta patente la influencia barcelonesa. Algunas de estas pinceladas recordando el mundo del *Modernisme* pasaron a integrar su obra más relevante, *Alma Contemporánea* (con portada muy *Arts and Crafts*, Huesca, 1899), verdadero tratado de estética modernista, en el que se ahorman el regeneracionismo y el *emotivismo*, una doctrina estética que, proveniente de la fusión de reminiscencias de Schopenhauer, Wagner, Renan, Tolstoi, Huysmans, Ibsen y D'Annunzio, articula sus novelas, *Del jardín del amor* (1902) y *Pityusa* (1907), a la par que se convierte en el programa a desarrollar en sus ensayos y artículos.

Llanas, que ya en sus años de universitario barcelonés había trabado relación con algunos institucionistas —el malogrado Soler i Miquel, entre otros— descubre sus afinidades intelectuales con Francisco Giner de los Ríos, Joaquín Costa y Rafael Salillas, cuando se instala en Madrid a partir de 1898. Su peculiar regeneracionismo, nacido de la convicción de que el Modernismo es un estado de sensibilidad que debe reformar la realidad mediante la ciencia y el arte, le llevó a estudiar la antropología criminal, la higiene (sus trabajos sobre el alcoholismo) y el hampa elemental y primitiva de Madrid, en el estudio, junto a Bernaldo de Quirós, *La mala vida de Madrid* (1901).

*Alma Contemporánea*, el fruto más logrado de este intelectual solitario y aristocrático, impenitentemente vestido de gris y adornado con la simbólica orquídea en el ojal, fue recibido con entusiasmo por la crítica contemporánea. Clarín —tan reticente con algunos modernistas— juzgaba, en su reseña de *Los Lunes de El Imparcial* (8-V-1899), a Llanas como «un escritor original, fuerte, sereno, de mucha intuición, psicólogo verdadero, pensador sutil». Rubén Darío, que enviaba las crónicas, luego recogidas en *España Contemporánea*, a *La Nación* de Buenos Aires, le retrata en la correspondiente al 28 de noviembre de 1899 como «uno de los escasos espíritus que en la nueva generación española toman el estudio y la meditación con la seriedad debida». Joan Maragall, en sus habituales columnas del *Diario de Barcelona* (19-VII-1899), le agradecía la deferencia hacia la literatura catalana, sentenciando: «*Alma Contemporánea* parece ser obra de un joven que ha leído mucho, ha pensado bastante y ha sentido muy bien las ideas ajenas y propias». Además, la confianza que depositaron en el libro Giner, Alfredo Calderón y José Verdes Montenegro facilitó el que Llanas remitiese un ejemplar a su admirado Unamuno, aprovechando la

ocasión (29-IV-1899) para «expresar a Vd. mis sentimientos de admiración hacia su constante y profunda labor literaria» y «quedar a sus órdenes». El estudio de la estética le había permitido el ingreso en la órbita de la literatura modernista y noventayochista: sus colaboraciones en *La Lectura*, *Electra* y *Juventud* no tardarían en confirmarlo.

La formación y el gusto que muchos admiraron en las páginas de *Alma Contemporánea* se había forjado en los años barceloneses. La Universidad de Barcelona supuso para Llanas el conocimiento de maestros como Pedro Basagaña i Bonhome, Casimiro Brugués i Escuder y Rafael Sáez Palacios, a través de los cuales intimó con los caminos de la ciencia experimental. La «Sociedad Farmacéutica Española», ubicada en un caserón neoclásico de la calle Tallers —ante de ser vecina de *Els Quatre Gats*— permitió al escritor oscense colaborar durante sus años de estudiante en el *Boletín Farmacéutico* —cuyo secretario era Francisco Gelpí i Busquets— con artículos y relatos que revelan su fascinación por el progreso humano y la antropología de moderado corte positivista. Su voluntad de costearse los estudios y disponer de la independencia necesaria le llevaron a trabajar en la farmacia de Pompeu Gener (vivió en la misma calle de Gener, en Petritxol) y a través de estos vínculos aficionarse al complejo mundo del autor de *Literaturas malsanas*, y a proyectar sus intereses hacia la patología sociológica y artística finisecular, con lecturas de Cesare Lombroso y de Max Nordau. Sumada a su relación con Gener hay que ver su habitual asistencia al Ateneo, donde conoció la literatura francesa y las revistas que daban el tono de París: *Revue des Deux Mondes*, *Mercure de France*, *Revue Bleue*, etc. La Barcelona industrial, burguesa y cosmopolita le acercó a la crisis del naturalismo, el clamar del *Modernisme*, las exposiciones de pintura impresionista, las fiestas de Sitges, el teatro de Ibsen o Hauptmann, las artes prerrafaelitas —que resuenan en la cubierta de *Alma Contemporánea*— y al sólido mundo cultural de *L'Avenç* y *La Vanguardia*. La sensibilidad de Llanas Aguilaniedo, el raro del modernismo español, se fraguó en Barcelona.

El propio Llanas dio noticia del mundo barcelonés en una serie de artículos que vieron la luz durante 1897, algunos de ellos bajo el pseudónimo de «El viajero parlante». El personaje central de sus recuerdos es Pompeu Gener. En un artículo del 18 de enero (*El Porvenir*), comentando la fuerte impresión que dejan los olores en la emotividad, recuerda que «Pompeyo Gener, el opiómano autor de *Literaturas malsanas*, iba siempre provisto del frasquito de láudano para adormecerse tomándolo cuando bien le parecía, así llevaba yo el cloroformo, para aspirar y soñar, disfrutando lo indecible con aquellas vaguedades que sólo para mí tenían significación *nebulosamente clara*». Textos de este tipo presentan con la

máxima diafanidad el ambiente de decadentismo *fin-de-siècle* que rodeaba a Gener y que envolvió, en parte, la estancia barcelonesa de Llanas. En otros, su admiración por Gener es franca, si bien estima que su originalidad es muy relativa, pues su ideario está teñido —habla de *Amigos y Maestros*— de Paul Bourget, Jules Lemaître y Edouard Rod, los críticos franceses que abrieron fisuras en la fábrica de novelas naturalistas. La personalidad extravagante y genial de Gener se alumbra definitivamente con esta anécdota publicada el 19 de mayo: «Retirábase ya de madrugada y una vez en su casa proseguía excitándose con el alcohol en unión del sereno de mi calle (que era la misma suya) de quien siempre se hacía acompañar en tales casos, y al cual en los límites ya del desvanecimiento y de la turbación mental, se entretenía en explicar temas trascendentales de filosofía positivista».

Al margen de Pompeu Gener, el mundo intelectual y literario barcelonés encuentra en la pluma de Llanas una honda simpatía. Fascinado por las corrientes modernistas, en punto a arte y ciencia, no duda en sostener —y es pasaje recogido en *Alma Contemporánea*— que «Barcelona es, a mi ver (y conste que no soy catalán) mucho más modernista que Madrid (por lo menos modernista de acción) en cuanto a literatura y demás artes», adelantando enteramente las impresiones de Rubén Darío de finales de 1898.

En ese activo centro barcelonés —«es una sucursal de París en España»— convivió con Yxart, Casas, Rusiñol..., evocados en su balance del modernismo peninsular como literatos y artistas que «viven para el progreso, se instruyen y viajan, recogen, asimilan y expresan lo más nuevo que en estas materias da de sí el espíritu humano», mientras que en un artículo aparecido en *La Andalucía* (10-X) los describe como «espíritus cosmopolitas, abiertos ampliamente al comercio de ideas, trabajadores infatigables, modernistas hasta la médula».

Los ambientes artísticos y literarios barceloneses por los que Llanas deambuló, cual *flâneur* baudeleriano —el círculo de Sitges, el salón Parés, *L'Avenç*, el salón de *La Vanguardia*— son justamente celebrados en los artículos del 97 y en el capítulo «Evolución literaria de España» de su obra máxima, con el tino de ver en ellos la metáfora de Cataluña, revelando «al pueblo activo, progresista, en comunicación constante y sostenida con el extranjero de donde toma lo que conviene para el mejoramiento de sus condiciones de existencia, al propio tiempo que compite con él en los productos de exportación». Si el espíritu contemporáneo —la modernidad— de Barcelona había forjado la personalidad de uno de los modernistas hispánicos más exquisitos, era de justicia que Llanas Aguilaniedo rindiese a la ciudad el tributo de admiración, pleitesía y cariño que sus trabajos finiseculares respiran por doquier.

### III. José Martínez Ruiz «Azorín»

En *Valencia* (1941), uno de sus dos excelentes libros de memorias (el otro es *Madrid*), escribe Azorín, a propósito de su relación con la vida pública: «El azar de las cosas me ha deparado la asistencia a los más diversos espectáculos de la vida política y de la vida social. En todo momento he asistido a tales concurrencias e intervenido en tales asuntos, no ya como actor, más o menos brillante —nada brillante, desde luego—, sino como espectador, que acaso tiene, sin que apenas le vea nadie, una sonrisa de desdén». En la amplísima producción azoriniana hay lugar para algunas obras relacionadas con la experiencia política: *El político* (1908) o *Parlamentarismo español* (1916) son buenos ejemplos. Pero junto a la vertiente de observador agudo de sonrisa desdeñosa y de sutil ironía, se da en Azorín la de viajero, en su doble dimensión de inventor del paisaje y de viajero-cronista, tal cual aflora en la serie «La Andalucía trágica» de *Los pueblos* (1903) o en esa pequeña obra maestra que es *La ruta de don Quijote* (1905). De este rango, junto con el de observador atento, participa la serie de trece crónicas periodísticas publicadas en el diario *ABC*, entre los días 31 de marzo y 21 de abril de 1906, y recogidas bajo el título de *En Barcelona* (1906), en las *Obras Completas* de Azorín.

Según el diario *ABC* del 30 de marzo, Azorín iba a Barcelona con la misión «de oír el pensamiento de las personas más salientes de Catalunya, la de recoger el estado de opinión de todas las clases sociales acerca de la cuestión catalana y la de reflejar en crónicas (...) lo que en Barcelona se piensa y se siente en estos momentos acerca de la cuestión política que está sobre el tapete». Para estas fechas, José Martínez Ruiz, el periodista radical de *El País*, *El Progreso*, *La Campaña*, *Vida Nueva*, *Juventud* y tantas otras revistas y periódicos finiseculares, se ha transformado definitivamente en el Azorín de los artículos de *España*, *El Imparcial* o *ABC*. El ademán rebelde y de regusto anarquista ha dejado paso, aunque el contrapeso sombrío de «La Andalucía trágica» atenúe el cambio, al cronista de amable escepticismo y al observador de cierta carga irónica que, tras fracasar en el empeño más querido de su juventud y para el que contó en 1900 con una recomendación de Clarín —escribir de modo fijo en *El Imparcial*—, ha conseguido ser colaborador con sueldo estipulado en las páginas de *ABC*, donde en las semanas inmediatamente anteriores a la serie *En Barcelona* venía publicando otra serie, *Impresiones parlamentarias*, que, a menudo, recuerda, por el discurso satírico, al propio Larra.

En el equipaje del «modesto observador» —tal es su autocalificación— que se traslada a Barcelona en la primavera de 1906 van amalgamadas